

arte de esta iliada popular. El narrador entra desde luego en materia, dialoga, pinta sin exageración, sin afectada minuciosidad, sin el énfasis que parece innato en esta literatura desde el tiempo de Séneca. El romancero toma indistintamente los nombres de la historia ó del romance; cuenta el asesinato como una cosa natural, sin escusa ni cubrirlo con un velo, así como los errores del amor. Colocando al héroe en una situación aislada, sin ocuparse de los antecedentes, comienza de repente y concluye del mismo modo; es un cuadro aislado. El mismo descuido se nota en las formas, pues los más están escritos en el vivo, pero monótono octosílabo, que llaman *redondilla* (29); y en estrofas de cuatro ó de seis versos, y á veces de doce y hasta de diez y seis, con un ritornelo frecuente; á veces se contentan con la simple asonancia, se añaden para obtenerla palabras y rípios, se corta el verso y la estrofa, sin más precaución que la que puede tener un ruiseñor cuando gorjea sus suaves melodías.

Los romances eran cantados por el pueblo: es lo que hace que los autores sean desconocidos, y probablemente han llegado á nosotros muy alterados en su forma primitiva, y además interpolados con tradiciones moriscas. No obstante, las personas que conocen á fondo la lengua y las costumbres del país, pueden determinar con certeza la época de cada composición. Las más antiguas pertenecen al siglo XIII y las más recientes al XVI. Y cuando no se detiene uno por el fastidio que resulta de un lenguaje anticuado, de frases en desuso, de frecuentes cambios, de muchas vulgaridades, se encuentra uno grandemente recompensado con verdaderas bellezas, porque se hallan en él una pintura fiel de los hombres y la expresión ingenua del corazón. Esta vasta epopeya de un pueblo que tiene necesidad de cosas que hablen directamente á su imaginación, resulta, aunque dure ocho siglos, de una unidad más prodigiosa que las que son fruto del estudio y del arte. Al lado de la historia real de España, crea otra poética, en la que los acontecimientos son á menudo puramente de inventiva, y más frecuentemente desnaturalizados, pero siempre marcados con el verdadero colorido de la época

(29) Los dos metros más usados entre los antiguos españoles son la *redondilla* y el *arte mayor*. La primera está en verso de ocho sílabas, como en este romance:

Fonte frida, fonte frida,  
Fonte frida, y con amor  
Do todas las avezicas  
Van tomar consolacion.

Los versos de *arte mayor* están formados de dos versos de seis sílabas, introducidos por Manzoni en la poesía italiana:

La fuerza del fuego, que alumbrá, que ciega  
Mi cuerpo, mi alma, mi muerte, mi vida,  
Do entra, do hierve, do toca, do llega  
Mata y no muere su llama encendida.

ALONSO DE CARTAGENA.

ca y de la nación: así las tradiciones particulares han recibido la consagración poética que las eterniza.

Los primeros romances tratan de la invasión de los moros y del rey Rodrigo, cuyas estrañas aventuras son derivadas tal vez de esta fuente. Otros cantan el rey Carlos y su derrota en Roncesvalles. Después del Cid de cuyos romances nos hemos ocupado en el libro precedente, el héroe que más celebran, es Bernardo del Carpio, que muchas veces se une á los moros para libertar á su padre, el conde de Saldaña, de la cólera de Alfonso el Casto, y después para vengarle. Otros romances celebran los Siete Infantes de Lara; muchos las expediciones que contribuyeron á reconquistar la nación. Aunque por lo comun fiel á los reyes, la musa sabe, no obstante, espresar el descontento de los grandes, maldecir las crueldades de D. Pedro, y aplaudir las venganzas de Enrique de Trastámara. Cantó, en fin, la caída de los moros, y pareció que llamaba entonces la compasión sobre los vencidos; compasión que por lo demás hacia resaltar la gloria del pueblo, cuya nacionalidad había acabado por triunfar.

Hubo después hombres insignes que compusieron romances, á imitación de los primeros; también los hubo que trataron de reunir un ciclo entero como con los relativos al Cid; mas para darles una forma seguida y que apareciesen encadenados, debió hacerse sufrir demasiadas alteraciones (30). Su mayor mérito consiste en que, gracias á ellos, no hay mujer ni campesino, por ignorantes que sean, que no conozcan los acontecimientos de los siglos pasados, las hazañas de los héroes y las gloriosas luchas en medio de las cuales se regeneró la nación. Pero como en los romances españoles se celebra igualmente á los héroes cristianos y á los musulmanes, y parece guerra de cortesía lo que era guerra de exterminio, el clero se declaraba contra unas poesías que inspiraban interés hácia aquellos que los españoles, como cruzados y patriotas, debían inmolar, y que convertían á los Zegries y á los Abencerrajes en caballeros é hidalgos, aunque moros.

El *Amadís* contribuía á esta fusión de razas, celebrando igualmente á los moros y á Bernardo del Carpio; y había sido acogido con entusiasmo por los españoles, encantados de lo maravilloso de las hadas y de los silfos, y todo el séquito de virtudes y creencias orientales. La literatura caballeresca encontró el terreno tan bien dispuesto en España, que resistió hasta á la guerra que le declaró Cervantes, y no sucumbió sino bajo la sistemática opresión de los príncipes de la casa de Austria, que no dejó á aquella poesía más carácter que el del idilio.

El sentimiento religioso, así como el espíritu ca-

(30) Especialmente en la versión de Herder, que cambió la tosca sencillez en gravedad alemana.

balleresco es innato en los españoles: tuvo también su poesía en multitud de leyendas, en versos sin cultura ni color, que no obstante, á veces tienen elevación, y cuyo pensamiento nunca carece de atrevimiento.

La poesía portuguesa se despertó cuando el país fué una nación; y así como había adquirido la existencia bajo el dominio de un príncipe francés, las inspiraciones provenzales se hicieron sentir allí de tal manera, que parecería al leer la antigua colección publicada por sir Carlos Stuardo, que se tienen á la vista las obras graciosas, ligeras, elegantes é irreflexivas de los trovadores. Se quiere hacer ascender hasta la época de la invasión un poema histórico que la describe y que parece anterior á los dos poetas líricos del siglo XII, Gonzalo Hermiguez y Egaz Moniz; pero apenas entienden estas composiciones los anticuarios, y casi sucede lo mismo con las canciones del rey Dionisio, con las de su sucesor Alfonso IV, y el hijo natural de este príncipe, Alfonso Sanchez.

Alemanes.—Contemporánea de las literaturas provenzal y francesa, si no le es anterior, es la literatura alemana: libre de toda influencia extranjera, llegó desde luego á tal altura, que parecía anunciar otra cosecha que la que ha dado. Los *singers* ó *meisters* de Germania se asemejan en razón de la conformidad del sistema feudal, á los trovadores de Provenza; pero difieren en la naturaleza de ambos pueblos. El trovador es más sutil, más lírico, más esquisito, y más alambicado en amor que los *minnesingers*, se complace en castigar á las demás damas para hacer resaltar la suya. Los alemanes manifiestan por la mujer en general el respeto cuyo sentimiento es inveterado en las razas teutónicas. Pocos de ellos se inspiraron en las cruzadas (31): graves, serios, desdénosos, menos nobles y más prosaicos, con una sencillez, una amenidad de corazón que no excluye el atrevimiento, en lugar de retratar una vida aventurera, pintaron con desprecio una sociedad grosera ó degradada, lanzando al clero los dardos de la sátira y mezclando á ella frecuentes meditaciones sobre la vida futura.

Ya al principio del siglo XII, el dialecto de los francos, nación predominante, había sido escrito por algunos tal como se hablaba en la corte francónica. Cuando los Hohenstaufen ascendieron al trono, prevaleció el idioma suevo ó suabo. Se usó en los actos públicos, en la redacción del *Espejo Suabo* y para la paz pública de 1235. Siendo entonces más rico, más flexible, más armonioso, pudo servir de tipo á los demás dialectos germánicos.

(31) Eccard, t. II, ha publicado un poema muy largo sobre la pérdida de la Tierra Santa, escrito en alemán, con estilo tosco por un contemporáneo:

Darum wolt er sich naigen  
Und euch ertzaignen  
Sein Tugent also gros etc.

La Alemania, es decir, la Suabia, la Alsacia y una parte de la Suiza, vió prosperar pronto en su seno la cultura intelectual; porque unos siguiendo á sus emperadores á Italia y Palestina, otros trasladándose á las universidades de París, Pádua, Salamanca, otros recorriendo la Europa como caballeros, pulían su talento, sus modales y lenguaje. Los príncipes de Hohenstaufen no querían parecer como que cedían nada á los de Francia y Provenza, en la magnificencia de su corte y en el favor que concedían á las letras (32). Federico Barbaroja fué festejado por los trovadores en Italia y en Languedoc; él mismo cultivó la poesía y concibió la idea de trasladar á su país las alegres solemnidades de la Provenza.

*Minnesingers*.—Otros reyes, como Enrique VI, Conrado IV, Federico II, Conradino, Wenceslao de Bohemia y muchos príncipes, cultivaron las letras, otros las favorecieron aun más, y los puentes levadizos acostumbrados á resonar sordamente bajo los pies de los corceles, se bajaron para los *minnesingers*, que repitieron sus cantos en todas las orillas del Weser y del Elba. Más de trescientos *minnesingers* ó caballeros poetas, cantando en lengua suaba, desde el Báltico al golfo de Venecia, del Brabante al lago de Neufchatel, empleaban con éxito este dialecto lleno de dulzura y rico de vocales, de espresivos, pintorescos y graciosos epítetos.

A su frente estaba Enrique de Waldeck, contemporáneo de Barbaroja, que escribió una *Eneida*, diferente de la de Roma por los acontecimientos y aun más por el sentimiento inspirador; así como una epopeya sobre las desgracias de Ernesto, duque de Baviera, y la leyenda del bienaventurado Gervasio de Maestricht (33). Enrique de Offerdingen recorría el país exaltando á Leopoldo VII de Austria, su protector, *valiente como un león y pudoroso como una doncella*; otros poetas concibieron envidia de él, se unieron en su contra dirigiéndole un desafío literario. La cita fué designada en el castillo de Wartburg, donde entraron en liza los más ilustres *minnesingers* (1207), Walter de Vogelweide, Biterolf el ministerial, Wolfran de Eschembach, Enrique el Virtuoso. Wolfran tenía ventaja sobre sus rivales, cuando Enrique de Offerdingen recurrió á Nicolás Klingsoer. Este, que mandaba á los espíritus al mismo tiempo que encantaba á los humanos por la belleza de sus cantos y la de su persona, se encontraba entonces en Transilvania, cerca de Andrés II de Hungría, donde gozaba de gran crédito, cuando Offerdingen se presentó para pedirle ayuda. Le prometió acompañarle á Turingia, pero bajo diferentes pre-

(32) *Des Schwertes Meister wie des Gesanges*.

(33) WAGENSIL, *De civit. Norimbergensi*; accedit *De der Meistersinger institutis liber*. 1697.  
GRIMM, *Ueber den altdeutschen Meistersinger*. Gottinga, 1811.

textos, lo disfrutó tanto que apenas quedaban veinte y cuatro horas para acudir á Wartburg; así era que Osterdingen estaba desconsolado. Pero habiéndole dormido Klingsoer, se encontraron á la mañana siguiente en el paraje donde debían emprender la lucha; y habiendo ayudado á su protegido á explicar todos los enigmas propuestos por sus rivales, le aseguró la victoria.

Los minnesingers no se ofrecen á nosotros con gran perfeccion de formas: prolijos en las palabras, pobres en las ideas, se pierden en minuciosas descripciones. Sin embargo, Walter de Vogelweide de Turingia está dotado de una imaginación viva; su estilo es meditado, tierno y sublime á la vez. Desde su solitaria habitación observa los acontecimientos políticos, sabe conceder una gran parte á las simpatías nacionales, y siente los tiempos pasados, la lealtad alemana, la fe religiosa, el amor á la patria, que en todos ha desaparecido.

«Decidme que soy bienvenido y os contaré una historia, á cuyo lado todo lo que habeis oído decir no son más que consejas. Pero quiero una recompensa; si es tal como la deseo, tal vez quedareis contentos. ¿Vamos, qué me dais?»

«Hago oír á las damas alemanas tales relaciones, que el amor las rodeará más con sus guirnaldas. Principiaré sin gran recompensa, ¿pero por dónde comienzo? Son muy bonitas, será moderado, encantadoras doncellas; una sonrisa me bastará.

«He visto muchos países y he encontrado bueno en todas partes. ¡Pero que sea yo un pícaro si mi corazón hallaba placer en las costumbres extranjeras! ¡Ay! ¿de qué me servirían todas aquellas miserias? Un corazón alemán vale más que todo.

«Del Elba á Rhin, y del Rhin á la Hungría, las damas tienen un encanto celestial, digno de nuestros caballeros: en gracias, en talento, en belleza, por la fe de Dios, no hay ninguna que nos les ceda la palma en los demás países.

«Los hombres son bien nacidos, pero las mujeres son ángeles. No tiene buen sentido quien les escasea las alabanzas. El que busque virtud, tierno amor, no tiene más que venir aquí; esta es la morada. ¡Ojala pase yo aquí mi vida!

«Aquella por quien suspiro, por quien siempre quiero suspirar, está lejos de mí. ¡Oh! ¡cuánto me hace penar! Me destroza el corazón, y me hace perder el valor. Gran Dios, perdónale el mal que me causa; pero haz que se convierta pronto.»

Mas graves pensamientos le ocupaban á su vuelta de Palestina, donde había peleado con Federico II.

«¡Ay! toda dulzura ha desaparecido: la funesta niebla se estiende también sobre los reyes. La tierra es bella á la vista, verde, púrpura; pero por dentro es negra como la muerte. Que aquel que sea seducido por ella, busque un consuelo: una ligera pena expiará enormes ofensas. Tened cuidado, caballeros, esto os concierne, á vosotros los que llevais el casco ligero, el anillo de hierro, el sólido es-

cudo y la bendita espada. ¡Oh! ¡ojala seais dignos de este triunfo! ¡Cuánto quisiera en mi indigencia merecer tan rica recompensa! No pienso ni en tierras ni en tesoros de príncipes, sino en la eterna corona. Las demás coronas, puede arrebataroslas un mercenario con una cuchillada. ¡Oh, si pudiera aun hacer el santo viaje á Ultramar! Diria: ¡bien! y no proferiría la menor queja!»

Usó poesía hasta en su testamento: «Quiero que los pájaros encuentren granos de trigo y agua en mi sepulcro; así, pues, hareis en la piedra bajo la cual descansa, cuatro hoyos para ponerles todos los días.» (34)

Ulrico de Lichtenstein se distingue por una vivacidad que está uno poco acostumbrado á encontrar en su época en otra parte que su nación. Refiere algunas de sus proezas en su poema moral titulado *Frauen Puech und der Itwitz* (Servicio de las damas y remordimientos). De elevada y airosa estatura, de mirada viva y de agradable semblante, tenía la boca afeada por una deformidad: como disgustaba este defecto á la que amaba, dama de elevada alcurnia, se sometió á una dolorosa operación. Un día que él la había acompañado con varios caballeros, no se atrevió á revelarles su sentimiento; pero en el momento en que la ayudaba á bajarse de su hacanea, ella le cortó un rizo de sus cabellos sin que los demás lo notasen, diciéndole que era para castigarle de su timidez. Como pareciese ella no creer que en un torneo en que él había figurado, su adversario le había roto un dedo, se lo hizo cortar y se lo envió engastado en oro en un tomo de poesías, encuadernado en terciopelo azul. Pasó el invierno oculto en Venecia, se hizo hacer trajes de mujer bordados de oro, plata y perlas, y otros enteramente blancos para sus criados, así como sillas de montar y gualdrapas del mismo color; y con este extraño equipaje atravesó con el rostro cubierto la Lombardia y el Austria, anunciando que la diosa Venus iba á enseñar á los caballeros á amar y merecer los favores de las damas; que ella daría á aquel que la venciera un dedo engastado en oro, con la virtud de embellecer la dama á quien se envíe, y hacerla constante en el amor; que la diosa estará veintinueve días en el viaje, y se detendrá en Teya de Bohemia; que en este intervalo nadie verá su cara, ni sus manos, ni oír su voz; y en fin, que todo caballero que á su llegada no se presente á romper una lanza, será exceptuado del amor de las damas.

Por todas partes en su camino fué acogida la diosa con grandes honores y alegría; todo fué fiestas, carreras y torneos. Todo Viena acudió á verla; desde los balcones adornados de flores, las damas aplaudían el fausto y el valor que desplegaba. Lichtenstein triunfaba de los caballeros; pero es-

(34) Uno de los poetas vivos más ilustres ha escrito su biografía: *Walter von Vogelwende ein all deutscher Dichter geschildert von UHLAND, 1822.*

tuvo á punto de ser vencido en Felsberg por una joven bella: escapado no obstante del peligro, despidió su comitiva, abandonó en una selva, á merced del primero que llegase, su traje de mujer y todo su rico atavío, y después volvió á Viena en traje de hombre. Aguardábale una terrible noticia: informada su dama de su incierta fidelidad, le devolvió su prenda de amor, retirándole su afecto. Pensó Lichtenstein en darse la muerte, y poco faltó para que no se volviese loco. Escribió para disculparse los mejores versos del mundo; pero de nada le valió, y para consolarse en definitiva volvió cerca de su mujer, á quien amaba tiernamente. Apaciguada su dama, le llamó de nuevo, y él corrió ciento ochenta millas á caballo en treinta y seis horas: con objeto de no escitar la atención, tomó el traje de leproso, y fué á mendigar bajo sus ventanas. Reconocido por ella en este disfraz, le indicó la hora en que podían verse por la noche; y cuando subió con ayuda de una cuerda que le arrojaron, encuentra, no á su dama, sino á la sobrina de ésta, que, vestida con un corto traje con corpiño de escarlata encima, guarnecido de armiño, una camisola verde y un elegante delantal, estaba sentada sobre colchones de terciopelo, forrados de un paño muy fino, como también las dos almohadas, y sobrepuestos de una rica colgadura; al pie de la cama de descanso, resplandecían dos candeleros, y cien luces colgadas del techo iluminaban la habitación. Ocho encantadoras damas con deslumbradores vestidos, que rodeaban la cama, ofrecían magnífico golpe de vista, pero poco agradable á un amante. Lichtenstein, vestido por la bonita sobrina con un vestido de seda recamado de oro, se retiró llevando solamente la seguridad de que un día la dama dejaría su amor completamente satisfecho.

Cuando bajaba del mismo modo, la cuerda se rompió, cayó y fué perseguido por el guardian del castillo; desesperado, quería arrojarle en el río, cuando llegó su criado, que le llevaba las escusas de su dama, y su sentimiento de haber sido detenida por una de sus amigas. Le envió entretanto la almohada donde se había apoyado su mejilla, y le invitaba á volver dentro de veinte días, para cuya época se desembarazaría de tan fastidiosa compañía. Falaces promesas. Engañado de nuevo en sus esperanzas, se consoló con otra dama. Después comenzó á correr á uno y otro lado con intención de restablecer la Tabla redonda, á ejemplo del rey Arturo (1265). Más tarde fué á pelear contra los prusianos con Ottokar II, rey de Bohemia; pero este príncipe le aprisionó por sospechas que concibió de él, y no recobró su libertad sino cediéndole sus castillos.

Si nos hemos extendido algo sobre estas aventuras, es con objeto de probar que las locuras poéticas no eran solamente patrimonio de la Provenza y de la Italia.

El senador Manesse acogía hospitalariamente, en su rico castillo á orillas del lago de Zurich,

los minnesingers de Suiza. Copiaba sus composiciones adornándolas con figuras, con fantasías y colores; de esta manera es como ciento cuarenta de estas poesías se han salvado del olvido. «En vano recorrereis todo el reino para encontrar tantos libros como posee la biblioteca de Zurich. Al momento en todas partes donde existe un canto, se ve acudir á Manesse.» Así cantaba Hadloub, poeta desgraciado en amor, pero delicado y sublime.

Una de las formas más graciosas de la poesía alemana, el *leiche*, composición religiosa y elegíaca, nació en las tan poéticas comarcas de la Suiza, y verdaderamente en los monasterios de Muri y Engelberg. El fraile dominico Everardo cantaba: «Maria, flor brillante del pudor, ¿cómo glorificarte en un canto, tú, prodigio del universo, celebrada por el cielo y la tierra? Inflamada del Espíritu divino, tu cuerpo estaba radiante de belleza; el verdadero sol se iluminó con tus rayos, y de tí procede la luz que nos ilumina. ¡Oh Maria! tu paz es inmensa, porque Dios no ha olvidado nada en tí; te ha penetrado y colmado con sus gracias. ¡Oh madre del bello amor! ¡Oh estrella nuestra en las tinieblas! abrasa, consume mis sentidos con el fuego del verdadero amor! ¡que mi alma se purifique y confunda en su Dios! ¡Si alguna vez he podido alimentar otras ideas, destrúyelas, ¡oh dulce señora mía! ¡Ten piedad de mí, porque tú hallaste gracia, y tu amor vence la cólera de Dios!»

Los fugaces cantos de los minnesingers cedieron después el puesto á largos poemas sacados de tres fuentes: la caballería, las tradiciones nacionales, y la alegoría. Los libros de caballería y los *fabliaux* se tradujeron desde luego al alemán; después se compusieron originales. El *Percival* y el *Titivel*, provenzales, fueron imitados por Wolfram de Eschenbach, que Goethe ha llamado el mejor poeta nacido en el territorio germánico; escribió también el *Marqués de Narbona*, epopeya sobre los héroes de Carlomagno, que sigue al *Guillermo de Orange*, de Ulrico de Türkheim, y del cual es continuación *Rennevart el Fuerte*. A la historia de Carlomagno se unia también la de los *Cuatro hijos de Aimone*, que procedente de los Países Bajos, se hizo popular en Alemania. Se debe á Godofredo de Estrasburgo la epopeya de *Tristan*, que enviado por su tío Marco, rey de Cornualles á pedir la mano de la bella Isota, olvida al conducirla que se ha casado con ella por otro, de cuyo olvido resultan grandes desgracias, y una constancia que arrastra á los dos fieles amantes á un mismo sepulcro, del cual brotaron dos hiedras que entrelazando sus ramas lo cubrieron.

Los antiguos recuerdos sirven de base al *Libro de los héroes (Heldenbuch)*, enteramente lleno de relaciones sobre el godo Hermanrico, sobre Teodorico de Verona y otros guerreros francos, sajones, longobardos de la época de Atila: no respiran sino sangre y ferocidad, sin que aparezca ningún sentimiento cristiano. Refiere Eginardo que Car-